

Ebbe, querido Ebbe, con tu desaparición el jazz ha perdido uno de sus más importantes defensores. Ebbe era muy abierto y entendía mucho. En Madrid, ahora, los músicos de jazz sentimos una profunda tristeza y nos damos cuenta del vacío que tu pérdida causa.

Vaya con swing, querido amigo. A nosotros nos queda sentir el blues.

Joel Bernstein

AL ÚLTIMO CRONOPÍO



Ebbe Traberg se marchó el pasado día 9 de mayo y no para uno de esos viajes a los que nos tenía acostumbrados. A diferencia de otras veces en las que ni tan siquiera se despedía porque su vuelta sería más o menos inmediata, en esta ocasión hubo unos meses tan largos como tristes en los que poco a poco fue ordenando su legado y dedicando una parte del tiempo del que disponía a sus personas más queridas. No dijo adiós en ningún momento porque nunca dijo un adiós definitivo a nada pero su conversación, su mensaje, tan sutiles como lo habían sido siempre, estaban repletos de contenido.

Se preparaba para este definitivo viaje con la tranquilidad de quien ha vivido una vida plena y el sosiego de quien ha visto cumplidos uno a uno sus propios deseos; con esa personal dignidad que lo hacía un ser especial; pero también con el gran interrogante de quien, como él, no cree justo que así se pueda acabar toda una vida, sin que haya otra alternativa, como obligado a dejar una página en blanco allí donde más le habría gustado dar sentido a las palabras. Pensaba en cómo superar la enfermedad ejercitando su mente cada día, demostrando su habitual tranquilidad de espíritu y haciendo que el dolor de su inminente muerte se convirtiera para los demás en un esperanzador sosiego que nos impulsase a seguir trabajando sin su valiosa y querida presencia.

No se trata de enunciar aquí esas típicas palabras huecas que tan fácil brotan cuando alguien muere porque esta vez es cierto que quienes le

hemos conocido y tratado podemos sentirnos orgullosos: él también lo estaría al ver que su trabajo ha dejado un surco profundo. Nació en Dinamarca hace 63 años. Fue uno de los más emblemáticos poetas daneses de este siglo, periodista, coguionista cinematográfico, crítico deportivo, corresponsal de su querido periódico danés *Information*. Llegó a España hace 35 años para involucrarse a fondo en la vida del país: hacer oposición a la dictadura franquista, conocer la cultura, tanto la de gueto como la popular, y ser amigo de sus

representantes. Trabajar por el jazz, promoverlo, hacer que nuevas generaciones de público y críticos lo amasen tanto como él lo amó.

Ebbe Traberg es un nombre que no tiene traducción pero sí contenido: humanidad, sana curiosidad, amor a la vida, las personas, el jazz como forma de entender la vida... un sólido sentido del humor del que a veces se servía para manifestar con elegancia su odio a la vanidad, la intransigencia, el egoísmo...

Las páginas de *Cuadernos de Jazz* no tendrán ya nuevos artículos con su firma pero desde ahora serán testimonio de su legado: desde ellas queremos dedicarle cada uno de nuestros esfuerzos con la sola intención de seguir trabajando como él lo hizo, con sencillez, dedicación, y con la confianza de que cada paso dado sea en beneficio de la cultura y de la música que él tanto amó.

¡Va por usted, Sr. Traberg!

Raúl Mao/María Antonia García

CON EL PERMISO DE *Ebbe Traberg*

Ebbe, viejo amigo. ¿Cuántos recuerdos acumulamos, cuántas historias vivimos juntos y en cuántas situaciones divertidas, dramáticas, anómalas o simplemente curiosas nos vimos metidos los dos, a lo largo de treinta y pico años de sólida camaradería y de un sinfín de viajes en busca del jazz donde lo hubiera?

Está claro que darían para muchos, muchos textos como éste. Pero de todas las anécdotas que podría ir colocando sobre la mesa está una por la que tú y yo siempre tuvimos especial predilección y que nos prometimos escribir algún día. A lo mejor -no lo sé-ya se la contaste en su momento a tus paisanos daneses. En cuanto a mí, ésta es la hora en que, por culpa de mi tradicional pereza, todavía no lo he hecho aquí. Así que si no te importa, creo que lo voy a hacer ahora.

ORGULLOSO MILES

En noviembre de 1973 Ebbe y un servidor viajamos a Barcelona para asistir al Festival de Jazz de aquel año. En cartel había platos fuertes como Duke Ellington que, con su orquesta y la cantante Alice Babs, interpretaría su Tercer Concierto Sacro en la Catedral de Santa María del

Mar. Por otra parte esperábamos deleitarnos con la *Divina* Sarah Vaughan y también estaba previsto que Miles Davis actuara. Digo “estaba previsto” porque con Miles nunca se sabía y en la Ciudad Condal estaban todavía resentidos de la *espantá* que había dado la otra vez que vino (1967), marchándose antes del concierto que, al final, dieron sus hombres reducidos a cuarteto.

Esta vez y para no faltar a las buenas tradiciones también hubo problemas (el camión que traía el equipo de sonido fue retenido en La Junquera), Davis amenazó con no actuar y de momento se suspendió el pase de la tarde. Por la zona de bastidores la atmósfera se podía cortar con cuchillo y Ebbe que andaba por ahí pudo presenciar entre un miembro de la organización y el *road-manager* lo que no dudó en describirme luego como “una discusión feroz” (1). Finalmente y con algún retraso Miles y su grupo salieron a actuar sobre el escenario del Palau de la Música. El trompetista estaba entonces en plena fiebre eléctrico-rockera y si la actuación de Ellington había sido, en boca de nuestro amigo, “soberbia” y la de Sarah “fabulosa”, las intervenciones de Miles esa noche fueron “de lo más irritantes” y en general todo cuanto escuchamos fue sentenciado a la salida como “un concierto absurdo”.

Para desintoxicarnos nos dirigimos hacia el club Zeleste donde se había organizado una jam-session con Tete Montoliu, un par de músicos del grupo de blues de B.B. King y el inefable Paul Gonsalves, saxo tenor de la banda de Duke y aquello parecía interesante. Pero, al llegar y una vez apalancados en la barra, comprobamos que las cosas no iban bien del todo. Los bluesmen no encajaban con Tete (estilísticamente, se entiende) y el bueno de Gonsalves había, a todas luces, estado brindando con nuestros mejores caldos y espirituosos desde por la mañana. Resultado: tenía serios problemas de equilibrio y no tenía la menor idea del tema que se estuviera tocando en aquel momento. “Qué situación tan *penosa*” oí

lamentarse a mi compañero. Tete estaba que trinaba y, conociéndole, nos temíamos que se levantara sin más y cortara la sesión por lo sano.

Pero, de pronto, cual séptimo de caballería surgiendo del fondo de la sala, llegaron el saxo tenor Dave Liebman y el batería Al Foster del grupo de Davis con la muy clara intención de desquitarse de las dos horas de jazz-rock eléctrico que habían tenido que servirnos en el Palau (“Una aparición realmente *providencial*”, suspiró de alivio nuestro danés). Subieron a la tarima y enseguida la sombra de Coltrane y el espíritu de Elvin Jones empezaron a planear por la sala. Las cosas iban enderezándose. Fue entonces cuando un chico de la organización que venía del hotel con ellos nos confió lo que era la noticia de la velada: Miles, en contra de su costumbre de encerrarse en su habitación después de un concierto, se sentía sorprendentemente sociable esta noche y había expresado su intención, en cuanto se hubiese duchado y cambiado, de ir también él a oír a Tete. Lo que no garantizaban es que subiese a tocar.

Y efectivamente, a los pocos minutos se produjo un revuelo por la zona de la entrada y, acompañado por otro de sus músicos, el *Príncipe de la Oscuridad* apareció de verdad con sus enormes gafas de sol y ataviado con esas ropas que él mismo diseñaba. Me había vuelto un instante para pedir esa otra copa que la ocasión merecía cuando Ebbe me agarró del brazo apretando con fuerza: “Viene hacia aquí...” me susurró al oído. Me volví y aquel pedazo de historia del jazz ya estaba delante de nosotros haciendo el clásico gesto del que quiere atraer la atención del *barman* por encima de nuestras cabezas. Nos apartamos para dejarle sitio y *The Sorcerer* nos dirigió un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento. “*Good evening and welcome Mr. Davis*” recuerdo haber dicho (Ebbe debió decirle otra frase parecida). Nuevo gesto.

Ya con su cerveza en la mano y las gafas plantadas en el pelo, Miles se recostó en la barra y se puso a escuchar lo que sonaba en el escenario. Como os podéis imaginar, tanto el uno como el otro estábamos dándole vueltas a la cabeza, intentando encontrar un posible tema de conversación (una entrevista en esas circunstancias era impensable) y sobre todo el momento oportuno para iniciarla. La gente a nuestro alrededor miraba de reojo al famoso pero nadie se movía, hasta que, muy decidida, una señora se le acercó. Era una mujer guapa y joven (tendría alrededor de los treinta), elegantemente vestida (traje de chaqueta, bolso y zapatos a juego) y menudita (Miles no llegaba al metro setenta y le sacaba una cabeza).

En un inglés bastante correcto, aunque limitado y con inconfundible acento de origen latino, aquella encantadora persona consiguió, en medio del tremendo barullo que había en el ambiente y forzando la voz, decirle a Davis que había estado en su concierto, que le había encantado, que tenía muchos discos de él y que esperaba que volviese otra vez por aquí para deleitarnos con su música. Miles, sorprendentemente fino y educado esa noche, se había inclinado hacia ella para escuchar y debió captar el mensaje porque le oímos decir, con su característica voz de papel de lija: “*Thank you, babe*”. Entonces fue cuando ella se percató de algo que los demás ya habíamos notado: Davis después de su ducha en el hotel debió, como era su costumbre, darse una segunda *ducha* pero esta vez de su colonia favorita. La fragancia, hay que decirlo, era muy agradable y la buena moza no resistió la tentación de indagar en ese detalle íntimo de su interlocutor y enterarse de la marca del perfume.



Con Paul Bley, en Madrid, invierno de 1995. (J.F. Bruno)



Con Roy Haynes, Madrid, noviembre de 1993 (J. Nombela)

Así fue como Ebbe y yo, con las orejas transformadas en antenas parabólicas y literalmente pegados a Miles, la escuchamos preguntarle de sopetón: "What perfume do you use, Mr. Davis?". Este, obviamente, no se esperaba una pregunta así y, como es lógico con el ruido y la pronunciación hispanizada, no la entendió. Se inclinó de nuevo: "What?". Ella insistió. Y él: "Pardon?". Y así hasta cinco veces. Aquello empezaba a ser "angustioso" (Traberg dixit) cuando, desesperada por no conseguir hacerse entender, la mujer optó por incorporar el lenguaje de los gestos al asunto. Le señaló con el dedo, luego lo dirigió hacia su nariz y, pasando directamente a dialecto Cherokee, gritó: "What you call the smell?!" (¿Cómo tú llamar olor? o algo así).

Miles esta vez lo entendió perfectamente. La miró durante unos segundos, esbozó un principio de sonrisa en la que se adivinaba cierta malicia, pero cuando se inclinó para responder, en esa mirada de acero había concentrado todo el orgullo del negro que era:

"It's my sweat, baby." (Es mi sudor, nena).

Ebbe había vuelto a estrujarme el brazo y repetía: "¿Cómo no se me ha ocurrido traer la grabadora?..." ■

Juan Claudio Cifuentes

Notas

(1) Además de su perfecto dominio de nuestra lengua (y de media docena más de idiomas europeos) Ebbe tenía un arte peculiar y muy personal para escoger calificativos, mostrando su preferencia por algunos determinados con los que adornaba sus descripciones (poniendo siempre especial énfasis en la voz al pronunciar la sílaba tónica o acentuada de la palabra: fe-ROZ, fabu-LO-so...). Estos, para nosotros sus amigos, acabaron siendo "los adjetivos Traberg".

Ebbe's BLUES



Con Joachim Kühn, Madrid, primavera de 1994 (J. Nombela).



Con los compañeros de C/J, San Sebastián, julio de 1995. (J.F. Laberine).

A diferencia de la mayoría de sus allegados, yo no conocía a Ebbe Traberg desde hacía muchos años. Cuatro o cinco, a lo sumo, aunque desde algunos antes ya seguía sus huellas en distintas publicaciones y me sentía atraído por esa forma suya de escribir tan particular, y por las cosas que decía. Yo era por entonces poco más que un aprendiz en esto de la escritura (en muchos aspectos aún lo sigo siendo), y me llamó la atención descubrir a un tipo que parecía huir de la tendencia enciclopédica tan al uso y dotaba a sus textos de un aliento más humano; un aliento que delataba claramente su vinculación estrecha con el mundo y la vida de los músicos, con la realidad del jazz. Cuando uno trabaja muy próximo a ellos, estoy convencido de que la experiencia humana de los músicos cambia radicalmente tu enfoque a la hora de escribir: descubres que hay otras cosas de las que uno puede hablar aparte de fechas, datos, sesiones discográficas, tal o cual portada... O tal vez aprendes a situar esa información necesaria en un contexto adecuado, el que coloca la escritura en un nivel similar al de la música: se toca como se vive, se escribe como se es... Tus experiencias, de una manera u otra, se filtran sobre el papel por mucho que trates de objetivarlas, y Ebbe era un arsenal

andante de vivencias. En este campo él siempre me recomendó prudencia, pero yo aún no estaba en edad de ser prudente, ni creo estarlo todavía.

Pero además, me interesaba su forma de expresarse. Tal vez el lector no caiga en un principio en la consideración de lo difícil que es para una persona escribir de forma correcta, tanto en el plano meramente gramatical como a la hora de utilizar un estilo apropiado, en un idioma que no es el suyo. El castellano de Ebbe era en este sentido un lenguaje sobrio, de frases no muy largas y poco dado al culteranismo: así hablaba también, por otra parte. Y puedo decir que en mi opinión tenía su propio estilo, muy bien delineado y muy legible.

Al vivir en ciudades diferentes, nuestra relación se limitó a encuentros esporádicos, pero increíblemente fecundos. A menudo charlábamos de fútbol o ciclismo (ambos compartíamos la afición por estos y otros deportes, que en su caso era también un seguimiento profesional para la prensa danesa), sin llegar nunca a descifrar por qué el Sporting se hunde infaliblemente en las segundas vueltas o Induráin parece sonreír al ascender las más duras cuestas. En cuanto a la música, Ebbe no era uno de esos tipos que intentan aleccionarte en cada concierto: se limitaba a escuchar en silencio, con una leve sonrisa, y a soltar de vez en cuando algún sonido de aprobación en momentos especialmente intensos. Otras veces nos mirábamos en la distancia, como diciéndonos sin palabras "¿has oído a ese tío?". Era suficiente, no hacía falta más rollo. En su casa poníamos música de reciente aparición; Ebbe guardaba una saludable inclinación por presentarte a músicos nuevos, por oír material reciente. Veneraba el pasado como todos, pero incluso cuando ya su final estaba próximo seguía buscando descubrir cosas. Comparto ese sentimiento: es el mismo que me acompañaba al empezar a escuchar jazz, y me atrevería a decir que es el que más busco recuperar en cada concierto y cada disco, pero tengo la incómoda sensación de que, como el primer amor, se va escabullendo en la nostalgia con el paso del tiempo y aquello del "esto ya lo toqué mañana"... Recuerdo especialmente una interesante, muy tardía y algo etílica tertulia en su casa en la que sorteó con respeto y discreción los impulsos algo pasionales de mi muy querido Manolo Ferrand y los míos. Sé que para algunos de sus amigos (y enemigos, en este mundo del jazz tus amigos pueden convertirse en enemigos irreconciliables en cuestión de minutos, sin que uno sepa realmente por qué) esa discreción se aproximaba a veces a algo parecido al ecumenismo, al querer llevarse bien con todos, y tal vez sea cierto. De hecho, no es el primer danés al que he visto exhibir cualidades similares de diplomacia (Michael Laudrup es otro ejemplo, y bien conocido), pero lo cierto es que cuando quería, y en privado, Ebbe podía soltar sapos como cualquiera... Pero ahí entramos para mí en el campo de los pecadillos veniales, y quien esto escribe confiesa no entender muchas veces por qué hay tanta mala leche por ahí suelta, ni tanto ego desmedido arrojando porquería por todas partes y en público. No hace mucho viajé con dos de sus amigos daneses, Ib Skovgaard y Søren Friis, y Raúl Mao a Ezcaray para cumplir uno de sus últimos deseos: recoger su colección de discos y trasladarla a Madrid. Ebbe tenía en ese hermoso pueblo un particular paraíso que gustaba de compartir sólo con unos pocos, y no tardé mucho en comprender porqué: ahí hay buena gente, ahí saben vivir sin prisas y sin tonterías. De alguna manera, su huella puede sentirse en cada rincón del pueblo, y en muchas de sus gentes y yo he decidido pasar ahí alguna temporada cada año. Seguro que entre todos podremos mantener encendida la llama de su legado.

Ahora hay que seguir trabajando, y duro, porque la vida no se detiene ni la música tampoco. Es éste un blues abierto y sin final, como los de Ornette. ■

Mario Benso



Con Ran Blake en Valladolid, abril de 1993. (C. Pérez Fernández).